

DE VITA

Después de tantos días sin camino y sin casa

CLAUDIO RODRÍGUEZ

Camino de regreso

Me sumerjo en las calles,
en la llama del sueño
donde un cuerpo de cera,
lejano a mí
y conmigo,
me crea
y me aniquila.

A lo lejos la lluvia ya amenaza
con su acento de hierba.
Todo augura el olor a limonero,
a rosa derramada por las calles en sombra,
a esta sed, al cansancio
de los versos benignos
que un vértigo de ansias muerde sobre la noche.

Penetro y palpo la frialdad desierta,
náufrago en la intemperie de la orilla,
crepúsculo de oro en la negrura,
sable de sol y nieve.

Inicio la andadura,
dejando que la vida
sorbo a sorbo
aherrumbre mis pulmones,
y me bese los labios con los labios
que todo lo desnombran,
amador más que amado,
dueño de qué mañana,
buscando el tiempo nuevo de ser en la alegría.

El vértigo y la luz

Renaces poderosa
bajo la flor venial de un sol de invierno.
Crecen puntas de niebla en los tejados
y herbece el corazón,
árbol herido,
como el grano pequeño en que se agita
la infinitud de un palmo de la tierra.

Somos seres iguales que se abisman
en abstrusas quimeras,
ríos que se desbordan desbocados
sobre otra piel hermana,
vestigios agostados en el lastre del tiempo.

Y nada es como antes.
Perdimos la inocencia,
la quemazón urgente de la vida,
el clamor aguerrido de la paz y el deseo.

Ya nada es como antes.
No es justo ni inocente
el dolor. La tristeza
no es más que un signo amargo
de esta caduca condición humana,
ese fácil recurso
cuando todo a los pies se nos desploma.